

Farc: la política y la guerra

Jorge Rojas R

Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, CODHES

En contravía de su tradicional hermetismo, la guerrilla de las Farc ha intensificado sus mensajes políticos en las últimas semanas y ha decidido tomar partido en el proceso electoral a partir de una convocatoria pública a los electores para que voten “contra la reelección” del presidente Uribe.

El último comunicado del secretariado titulado “elecciones en la recta final” (24 de mayo de 2006) ratifica el interés de esta guerrilla de influir en los resultados de los comicios presidenciales, tal y como ocurrió en 1998 cuando el presidente Pastrana derrotó en las urnas a Horacio Serpa con una propuesta de paz concertada entre el candidato y los jefes guerrilleros.

Pero las circunstancias son diferentes en razones de diverso orden:

1. Uribe mantiene una capacidad de convocatoria alrededor de un discurso militarista que todavía cautiva incautos y sectores de la población que creen en una derrota militar de la guerrilla.
2. Una convocatoria de las Farc es muy limitada por el creciente rechazo social a toda forma de violencia y por la exigencia de la izquierda de construir democracia sin acudir a la lucha armada. Pareciera que no hay nada más funcional al autoritarismo uribista que los ataques de las Farc a militares, policías y civiles y viceversa, la persistencia guerrerista de las Farc se endurece con los actos de arbitrariedad del gobierno.
3. Aún persiste en la opinión pública una sensación de engaño por el proceso del Cagúan y una profunda desconfianza hacia la palabra de las Farc, aún cuando también se debe reconocer una gran desconfianza de esta guerrilla con el Establecimiento (incluido el gobierno, los medios de comunicación y diversas expresiones de sociedad civil) Tal es el resultado de un proceso en el que el gobierno de Pastrana no podía negociar y las Farc sólo querían dialogar.
4. Tanto la campaña del candidato presidente, que acude en forma anacrónica al anticomunismo y a presentar a Carlos Gaviria como amigo de la guerrilla, así como la intención de las Farc de presentar la reciente protesta social y el crecimiento de la izquierda como parte de una estrategia de “combinación de formas de lucha”, están fuera de lugar. No entienden, unos y otros, de autonomías, de nuevos procesos que emergen desde los movimientos sociales y políticos y de una dinámica diversa, plural y soberana frente a todos los que participan en la guerra interna.

5. El país entra en una fase de agotamiento frente a una guerra que no se resuelve militarmente, pero tampoco se supera por la vía de la negociación política y este nudo gordiano sólo se desata con la presión ciudadana, con la participación activa y creadora de la sociedad civil y con el acompañamiento y la facilitación de la comunidad internacional, en especial de los países de América Latina.

El conflicto armado hunde sus raíces en problemas estructurales no resueltos que van desde la exclusión, la desigualdad y una inexistente soberanía política y económica, hasta formas imperantes de impunidad, injusticia y arbitrariedad del Estado no superadas. Sin embargo, hay coincidencia en la necesidad de un nuevo gobierno que garantice un cambio de rumbo, que avance en las transformaciones aplazadas durante tanto tiempo, que encamine a Colombia en las corrientes que recorren el continente.

Este gobierno debe ser incluyente y profundamente democrático para que represente una nueva expresión del poder político como garantía de construcción de paz. Sin embargo, es necesario entender que el nuevo escenario de la paz incluye otros actores de la vida nacional cuya legitimidad está asociada al imaginario de la solución política, a la defensa de los derechos humanos, a la lucha por el bienestar social de la mayoría de la población, a los sectores productivos afectados por el eventual Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y a la diversidad étnica, de género, edad y de orientación sexual y no sólo al poder omnímodo de las armas (del Estado, de la insurgencia o del paramilitarismo)

Por lo pronto, bienvenidas las declaraciones políticas de las Farc y el proceso del ELN. Ojalá sean el preámbulo de un nuevo espacio para el diálogo, la negociación y la participación de la sociedad colombiana en la superación del conflicto. Las manifestaciones radicales de las Farc según las cuales no hay ninguna posibilidad de dialogar con el actual gobierno (ni para una eventual negociación, ni para un acuerdo humanitario) tendrían que ser revisadas en caso de la reelección del presidente Uribe, porque persistir en la guerra interna en los próximos cuatro años es un acto de no futuro del Estado y de la guerrilla, además de una decisión tan antipopular como anacrónica. Una suerte de “guerra boba” impuesta por un modelo militarista que sólo interesa a quienes se lucran del intocable negocio de las armas.

El nuevo mapa político del país que surja de las elecciones del domingo debe contribuir a perfilar opciones distintas a la confrontación armada, no importa quien gane las elecciones y más allá del dilema de las Farc entre la política y la guerra.

Bogotá, 24 de mayo de 2006